

Ofertorio (Daniel IX)

ORÁVI Deum meum ego Dániel, dicens: Exáudi, Dómine, preces servi tui: illúmina fáciem tuam super sanctuárium tuum: et propítius inténde pópulum istum, super quem invocátum est nomen tuum. Deus.

Yo, DANIEL, rogué a mi Dios, diciendo: Oye, Señor, los ruegos de tu siervo: brille tu rostro sobre tu santuario: y atiende propicio a este pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios.

Oración-Secreta

MAJESTÁTEM tuam, Dómine, suppliciter deprecámur: ut hæc sancta, quæ gérimus, et a præteritis nos delictis éxuant, et futúris. Per Dominum.

SUPPLICAMOS, Señor, humildemente a tu Majestad, que estos santos misterios que celebramos, nos purifiquen de las culpas pasadas y futuras. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

Comunión (Salmo LXXV)

VOVÉTE, et réddite Dómino Deo vestro **HACED** votos y cumplidlos, para honrar al Señor Dios vuestro, todos los que traéis ofrendas a su presencia: al Dios terrible que abate el orgullo de los príncipes; al que es terrible para todos los reyes de la tierra.



Oración-Poscomunión

SANCTIFICATIONIBUS tuis, omnípotens Deus, et vítia nostra curéntur, et remédia nobis atérna provéniant. Per Dóminum. **HAZ**, oh Dios omnipotente, que con éstos tus santos Sacramentos sean curados nuestros vicios y se remedie nuestra salvación eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

HAZ, oh Dios omnipotente, que con éstos tus santos Sacramentos sean curados nuestros vicios y se remedie nuestra salvación eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Antífona Mariana (desde Santísima Trinidad hasta Adviento)

SALVE, REGINA, Mater misericórdiæ; Vita, dulcédo et spes nostra, salve. Ad te clamámus, éxsules filii Hevæ, Ad te suspirámus, geméntes et flentes In hac lacrimárum valle. Eia ergo, advocáta nostra, Illos tuos misericórdes óculos ad nos convérte. Et Jesum, benedíctum fructum ventris tui, Nobis post hoc exílium osténde: O clemens, o pía, o dulcis virgo María!

DIOS TE SALVE, Reina y Madre de misericordia, Vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora abogada nuestra, Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, Fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María!

TEXTOS PROPIOS DE LA SANTA MISA

17º Domingo después de Pentecostés

(2ª clase - Ornamentos verdes)

LA LECTURA en Maitines del libro de Tobías suele coincidir más o menos con este Domingo, y por eso útil nos será estudiar paralelamente el Breviario y el Misal, conforme lo venimos haciendo en todos los Domingos.

Tobías parece que vivió en tiempo de Salmanasar, hacia fines del siglo VIII antes de J. C., cuando los israelitas del Norte fueron deportados a Asiria. Viéronse entonces descuajados de su suelo natal y puestos en un ambiente pagano; pero eso no obstante, Tobías permaneció siempre fiel a su Dios y a las santas leyes patrias, aun en medio de rudas pruebas, lo mismo que el santo Job. Hasta llega a decir de él el sagrado Texto que, aun cuando era el más joven de toda la tribu de Neftalí, “nada de pueril se notó en su conducta, pues, siendo aún niño, observaba todas las cosas conforme a la Ley de Dios”.

Luego casó con una de su misma tribu, llamada Ana, y tuvo un hijo al que impuso su propio nombre, “enseñándole desde su niñez a temer a Dios y a abstenerse de todo pecado”. Cautivo Tobías en Nínive, era el sostén y paño de lágrimas de sus hermanos desterrados, ejercitando con ellos todo género de obras de misericordia.

Pero Dios, por lo mismo que le amaba, quiso probarle, para aquilatar así su virtud, y quedó de pronto ciego, viendo sus ojos quemados por excrementos de golondrinas, bajo cuyo nido se había quedado descansando. “Mas ni aun entonces se contristó contra Dios, antes quedó inmóvil en su santo temor, dando gracias al Señor todos los días de su vida.” Acostumbraba decir: “Somos hijos de santos,

Y esperamos una vida que Dios ha de dar a los que jamás pierden su fe en Él.”

A su hijo, entre otros muchos, dábale estos sapientísimos consejos: “Hijo mío, ten a Dios presente todos los días de tu vida, cuidate muy bien de consentir jamás en pecado. Da de tus bienes en limosna, y no apartes tu cara de ningún pobre... lo que no quieras te hagan, no lo hagas a otro.”

He ahí el precepto del amor de Dios y del prójimo, del amor práctico que la Epístola y el Evangelio nos inculcan. Practicándolo podremos exclamar algún día con el viejo Tobías, a1 recobrar la vista del cuerpo y atisbar con los ojos sobrenaturales del alma la dicha del reino mesiánico: “Oh Jerusalén! Con luz espléndida brillarás, y todos los confines de la tierra te adorarán. Naciones de muy lejos vendrán a ti y, trayendo presentes adorarán en ti al Señor... Todas las plazas serán pavimentadas con piedras blancas y puras, y se cantará en tus calles: ¡Alehyá!...”

Tal es la Jerusalén celestial, y aun el reino de Dios en la tierra, la Iglesia santa, católica, apostólica y romana. “Quien la bendice será bendito.” Todos sin excepción son llamados a ella para “formar un solo cuerpo” el cual va animado de “un solo Espíritu” que es el mismo Espíritu Santo, infundido el día de Pentecostés: “Todos tenemos una misma esperanza, una fe, un bautismo”. (Ep.).

Cristo Jesús, su divino fundador y cabeza, que el día de su Ascensión puso a sus enemigos por peana de sus pies, a modo de los antiguos vencedores, “sea bendito en los siglos de los siglos”. (Ep.).

Introito (Salmo 118, 137 y 124)

JUSTUS ES, Dómine, et rectum iudicium tuum: fac cum servo tuo secundum misericordiam tuam. Ps. Beáti immaculáti in via: qui ámbulant in lege Dómini. V. Gloria Patri.

JUSTO eres, Señor y rectos tus juicios; obra en tu siervo según tu misericordia. – Sal. Bienaventurados los que viven sin pecado, los que viven conforme a la ley del Señor. V. Gloria al Padre.

Oración-Colecta

DA, QUESUMUS, Dómine, pópulo tuo diabólica vitare contágia, et te solum Deum pura mente sectári. Per Dóminum.

CONCEDE, oh Señor, a tu pueblo la gracia de poder evitar la influencia contagiosa del demonio, y de servirte a Ti, único

Dios verdadero, con corazón puro. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

Epístola (Efesios IV, 1-6)

Descríbese la unidad de la familia cristiana, unidad basada en la identidad del Espíritu que vivifica todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo, uno el Cielo.

FRATRES: Obsecro vos ego vinculus in Dómino, ut digne ambulétis vocatióne, qua vocáti estis, cum omni humilitate, et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate, solliciti servare unitatem spiritus in vínculo pacis. Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocáti estis in una spe vocatiónis vestrae. Unus Dóminus, una fides, unum baptisma. Unus Deus, et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis. Qui est benedictus in saecula saeculorum. Amen.

HERMANOS: Ruégoos yo, prisionero en el Señor, que andéis cual conviene a la vocación a que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos a otros en caridad, esforzándoos en guardar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Sed como un solo cuerpo y un solo espíritu, ya que por vuestra vocación, también fuisteis llamados a una sola esperanza*. Uno sólo es el Señor, una la fe, uno el Bautismo. Un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros. El cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

* Todos los que esperamos algo bueno para la vida venidera, esperamos una sola y misma cosa: el Cielo, la bienaventuranza eterna.



Gradual (Salmo XXXII)

BEÁTA gens cujus est Dóminus Deus eorum: pópulus, quem elégit Dóminus in hereditatem sibi. V. Verbo Dómini caeli firmáti sunt: et spiritu oris ejus omnis virtus eorum.

FELIZ el pueblo que tiene al Señor por su Dios: el pueblo a quien escogió para su heredad. V. La palabra del Señor creó los cielos: y por el espíritu de su boca a todos los astros de él.



Aleluya (Salmo CI)

ALLELÚIA, ALLELÚIA. V. Dómine, exáudi oratióne meam, et clamor meus ad te perveniat, Allelúia.

ALELUYA, ALELUYA V. Señor, escucha mi oración, y llegue a Ti mi clamor. Aleluya.

Evangelio (San Mateo XXII, 34-46)

Hay que amar a Dios ante todo y sobre todo, y al prójimo como a un hijo muy querido de Dios. A esto es a lo que se llama caridad; lo que no es esto, es beneficencia, altruismo, filantropía, o sea, la descristianización de la caridad sublime de Cristo, opuesta diametralmente a la caridad laica, que asiste al hombre por el hombre, y de qué manera?



EN AQUEL TIEMPO: Llegáronse a Jesús los fariseos, y le preguntó uno de ellos que era doctor de la ley, para tentarle: “Maestro, ¿cuál es el Mandamiento más grande de la ley?” Jesús le dijo: “Amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas*.” Y reunidos los fariseos, preguntóles Jesús: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” Dícenle: “De David.” Replicóles: “Pues, ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: ‘Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies?’ Pues, si David le llama ‘Señor,’ cómo puede ser hijo suyo?” Y ninguno le pudo responder palabra: ni nadie desde aquel día se atrevió a hacerle más preguntas.

IN ILLO TÉMPORE: Accesérunt ad Jesum pharisaei, et interrogávit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandátum magnum in lege? Ait illi Jesus: Dlíges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota ánima tua, et in tota mente tua. Hoc est máximum et primum mandátum. Secundum autem símile est huic: Dlíges próximum tuum sicut teípsum. In his duóbus mandátis univérta lex pendet, et prophetæ. Congregáti autem pharisæis interrogávit eos Jesus, dicens: Quid vobis vidétur de Christo? cujus filius est? Dicunt ei: David. Ait illis: Quómodo ergo David in spiritu vocat eum Dóminum, dicens: Díxit Dóminus Dómino meo, sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum? Si ergo David vocat eum Dóminum, quómodo filius ejus est? Et nemo póterat ei respondere verbum: neque ausus fuit quisquam ex illa die eum ámplius interrogare.

* Así es, toda la religión está contenida en la ley del amor; por eso dice San Pablo: “La plenitud de la Ley estriba en el amor”; y por eso, también dice San Agustín: “Ama y haz lo que quieras”, indicando que, quien de veras ama a Dios y al prójimo por Él, no puede obrar mal, no puede extraviarse; pues amar y errar es una contradicción. Por eso, lo que el mundo llama con tanta frecuencia “amor”, no es tal amor, sino pasión; puesto que extravía los corazones, ofusca la inteligencia y aparta a los hombres del querer de Dios.